



Escritores jóvenes y maduros en el laberinto editorial peruano e internacional alrededor de la figura de Mario Vargas Llosa. (Foto: limagris.com)

El escritor joven en su laberinto editorial

GIOVANNI ANTICONA

La publicidad editorial que gira en torno a un escritor sirve para acelerar y acrecentar su visibilidad mediática, pero es la calidad de su obra la que finalmente se impondrá y lo validará como artista. En el caso peruano, existen circuitos diferentes en el plano de las editoriales. Uno es el de las transnacionales con sede en el país, en las que suelen publicar autores como Alonso Cueto y Fernando Ampuero, buena parte de ellos visibilizados por sus labores en el periodismo y por una carrera literaria abundante en publicaciones.

Otro ámbito es el de las editoriales independientes. Dentro de ellas, Peisa es la única con reconocida solidez logística y cierto vuelo internacional. Allí también publican, de vez en cuando, los autores arriba mencionados. Las demás editoriales de este tipo son modestas y se mueven mayormente en la capital, aunque aprovechan las ferias para intentar posicionarse fuera de Lima y distribuir sus libros. Se podría afirmar que un tercer tipo de circuito es el que se enfoca de manera específica en una sola ciudad o región, y que no accede al ambiente literario limeño.

En el mundo de las editoriales independientes hay escritores reconocidos por los lectores y la crítica como Carlos Calderón Fajardo, Karina Pacheco y Augusto Higa. Algunos de ellos, luego de muchos años

de haber publicado en las editoriales independientes, fueron fichados por las transnacionales afincadas en suelo peruano. Dos de ellos son Miguel Gutiérrez y Óscar Colchado, que han sido publicados por Alfaguara.

Cabe afirmar que la diferencia no es tan marcada entre los escritores de las editoriales grandes y las independientes. Las tensiones que antaño existían entre un grupo y otro han ido diluyéndose, al menos en apariencia. Espacios como la revista *Buensalvaje* son muestra de que tranquilamente puede haber una coexistencia, pues escritores de diversos sectores han participado en ella con textos críticos y de creación sin que se susciten fricciones significativas.

Las editoriales independientes son valiosas pues vuelven alcanzable el sueño de la publicación para los autores novatos y robustecen el panorama literario local. No obstante, muchas veces la informalidad y el afán de lucro enturbian el proceso, y convierten dicha experiencia en un laberinto editorial. Ya lo advertía Charles Bukowski en su poema "Manual de combate", dirigido a los aspirantes a escritores que quieren convertirse en artistas de verdad: "Está bien, adelante/ hazlo/ pero cuando te ataquen/ por el lado que no ves/ no me vengas con/ remordimientos".

En el año 2008, algunos estudiantes sanmarquinos de Literatura se juntaron con la idea de formar un grupo de narración. Lo bautizaron “El círculo polar”. La agrupación duró dos años, pero su disolución no marcó el fin de la labor de la escritura para sus integrantes: David Villena, Leonardo Cárdenas, Grobert Jara, Moisés Azaña y Jhonny Pacheco. La mejoría en sus creaciones se vio reflejada en los premios que varios de ellos obtuvieron en los Juegos Florales “Javier Heraud” y el concurso “Manuel Scorza” a finales del año 2012. En esa circunstancia, surgió la idea de crear una editorial. “En ese momento les dije que esos textos deberían publicarse y no quedarse inéditos, ya que su calidad lo merecía. Y así nació la editorial Agalma a principios del 2013 con el único fin de publicar la ópera prima de cada uno de nosotros”, cuenta Jhonny Pacheco.

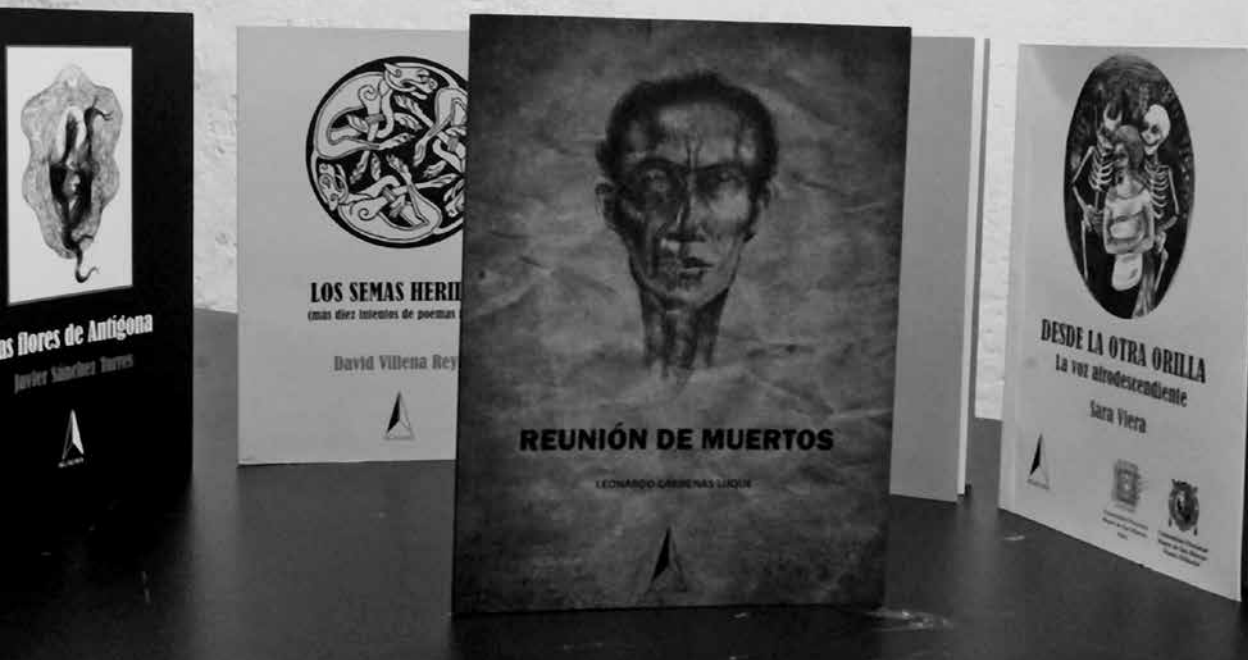
No todos los autores jóvenes se animan a fundar editoriales para convertirse en escritores publicados. Existen, por supuesto, otras posibilidades. Una de ellas es ganar un concurso literario que incluya la publicación de la obra. Otra es tener la suerte de conocer a un editor que se anime a costear la publicación. Pero lo más común para los jóvenes escritores peruanos afincados en Lima es la autofinanciación. A veces el propio autor se encarga de todo y obtiene así una llamada “edición de autor”, como en el caso del escritor Franco Salcedo, egresado de Literatura de la Universidad Católica. Para

la publicación de su primer libro, llamado *Como dulce trueno*, juntó dinero, aprendió un poco de diagramación y contrató los servicios de una imprenta.

No es extraño entonces que los escritores peruanos participen directamente en el proceso de publicación de sus obras. En el caso de la editorial Agalma, los integrantes, una suerte de editores-autores como muchos, tienen un fondo común para sus publicaciones. La idea es que no se sienta de golpe el desembolso individual y, de esa manera, no se afecte la economía de cada integrante. “Solo tiramos cien libros con el fin de agotarlos en venta, ya que con el tiempo, por su calidad y diseños, estoy seguro de que estos libros serán buscados por coleccionistas”, expresa Pacheco. Esta idea está basada en el proyecto editorial Los cuadernos de Hontanar del poeta Javier Sologuren en la década de 1960, que publicó a autores jóvenes de ese entonces como Antonio Cisneros, Javier Heraud y Luis Hernández.

* * *

Otra forma en que la autofinanciación entra en juego es el pacto del escritor con una editorial, la que se encargará de editar el texto, diagramarlo e imprimirlo. Es común que la editorial también se comprometa a difundir el libro en los medios y a repartirlo en las librerías limeñas. El costo de todo este trabajo editorial es variable. Depende del número de páginas de la obra, de la calidad del papel, del tiraje y de la lista de servicios incluidos.



La editorial Agalma ofrece una nutrida lista de obras de autores jóvenes. (Foto: Agalma)

No existe una manera fija de realizar el proceso de edición. En algunos casos, el editor o los editores le proponen al autor ciertos cambios que este puede aceptar o no. Un rasgo común es que los encargados de la edición no estén del todo preparados. El origen de tal irregularidad está en que buena parte de los que realizan la tarea de edición carecen de conocimientos de corrección de estilo y desconocen las reglas actuales de la Real Academia Española de la Lengua. Ser egresado de Literatura o Lingüística no garantiza la capacidad de editar como se debe un texto literario, trabajo que además necesita personas con un desarrollado buen gusto y experiencia en la materia.

Esta situación provoca que la edición defectuosa se haya transformado en un

rasgo muy común en los libros publicados por las editoriales independientes. A esto se suma una diagramación elaborada, muchas veces, de manera rápida y con la intención de reducir costos. Ello se plasma en la elección de un tamaño de letra pequeño y un interlineado ajustado, rasgos que no permiten respiros a los lectores. “Como mi novela tenía muchos capítulos, el editor y el diagramador decidieron que cada capítulo no comenzara en página impar, como se había planificado al inicio, sino tanto en pares como impares”, cuenta un joven autor de novelas urbanas para dar un ejemplo de cómo se concretiza esa intención de abaratar costos.

El número de páginas de la obra es un factor determinante para la realización del pacto entre una editorial y un autor que

pretende autofinanciarse. Si las páginas son muchas, las posibilidades de que la editorial acepte asumir el trabajo se reducen. Es el caso de Aldo Pancorbo, narrador peruano que pasó alrededor de cinco años escribiendo su segunda novela, *La falsa despedida*. Cuando presentó la obra a Paracaídas Editores, le propusieron reducir el número de páginas, que originalmente eran poco más de 400. El resultado final fue de 325 páginas, un número que sigue siendo alto si se compara con la mayoría de libros de autores jóvenes que son publicados en Lima.

* * *

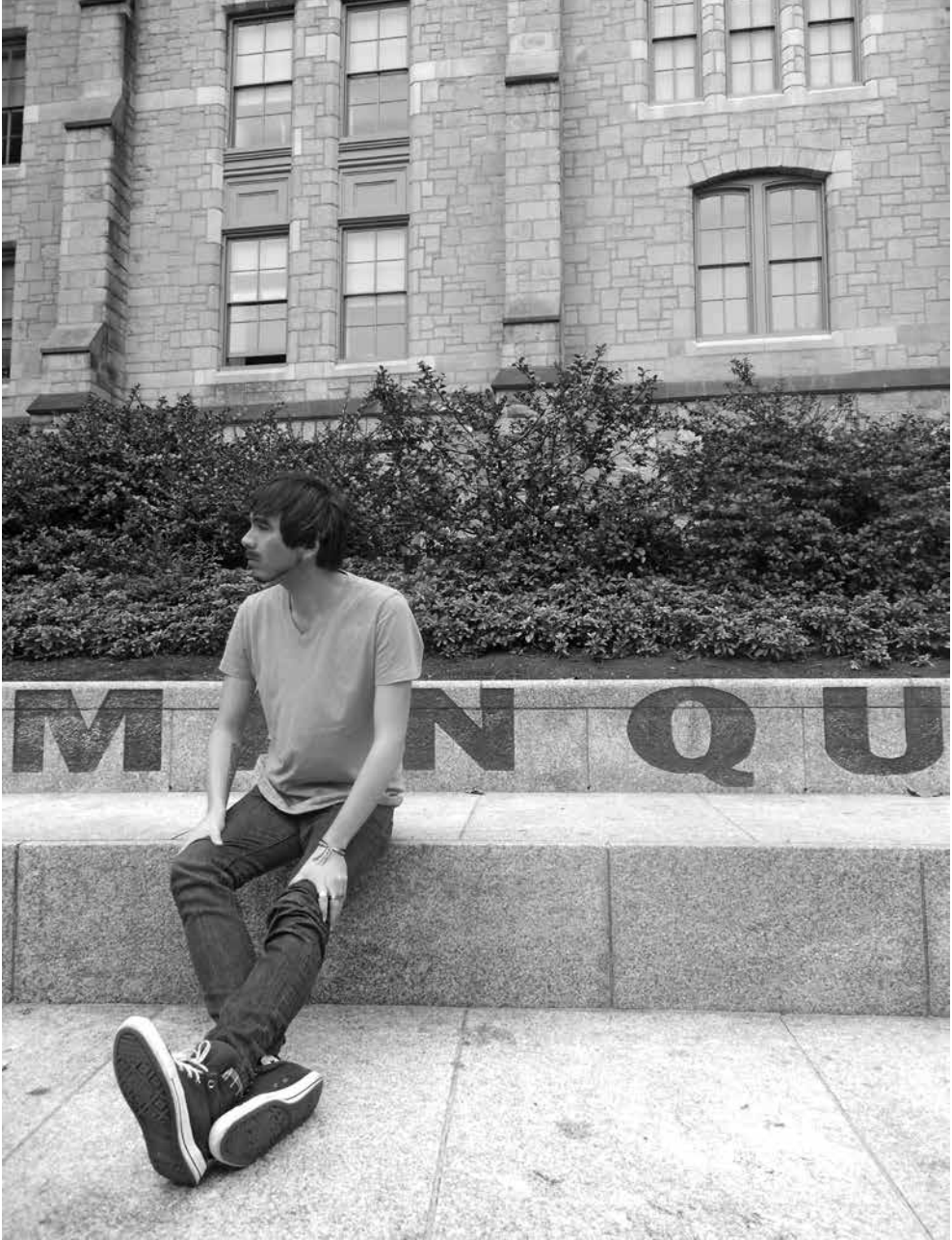
Hace más de un lustro, una prestigiosa poeta joven tuvo que cancelar la presentación de uno de sus poemarios porque los ejemplares aún no estaban impresos. Su editor de turno no había cuadrado bien la fecha de entrega de los libros. Este hecho provocó el fastidio de la poeta, quien se distanció del editor pese a que eran amigos.

Un caso de mayor gravedad fue el que le sucedió a un joven autor de novelas de tinte policial por el año 2008. El responsable de una extinta editorial independiente había propuesto al escritor borrar algunas partes de la novela. El novelista se negó a aceptarlo y decidió cancelar el contrato ya firmado. El editor se comprometió a devolverle el dinero, pero se quedó con trescientos soles con el argumento de que ya había trabajado en el libro y merecía un pago por ello.

Existen casos en que ni siquiera existe un contrato en papel y los acuerdos se

realizan de manera verbal. En uno de los testimonios recogidos, un novelista próximo a cumplir los treinta años contó sus tres experiencias de publicación. En el primer libro, el editor incumplió con la fecha de entrega de ejemplares y no realizó todos los cambios señalados por el autor en el archivo final. En el segundo, el proceso editorial discurrió con eficiencia y con respeto de fechas, pero hasta ahora no le han pagado un solo sol de sus regalías. En su tercera y más reciente experiencia de publicación, firmó el contrato de su novela casi dos años después de haber sido publicada. En ese documento no se menciona nada de las regalías y el número de ejemplares. En el 2012, cuando el pacto verbal se realizó, el autor pidió que se imprimieran quinientos ejemplares. Cuando el editor le preguntó con cuánto dinero contaba, el escritor dijo que tenía dos mil soles y esa fue la suma que pagó para que su libro saliera a la luz.

En abril del 2014, el autor decidió cobrar sus regalías y cayó en la cuenta de que no existía un acuerdo escrito. Poco después se reunió con el editor y firmó el contrato de ese libro publicado en el 2012. Quedó sorprendido al enterarse de que el precio se había incrementado porque la editorial solo encarga tirajes de mil ejemplares como mínimo. El costo de edición ascendía a 6 400 soles, un precio elevado que sorprendió al escritor. En el documento solo aparecía la suma; no había un detalle de gastos. Eso quería decir que la editorial había gastado más dinero que el autor en la



El peruano Francisco Ángeles ha recibido buenos comentarios por su novela Austin, Texas 1979.

publicación y que, en consecuencia, al escritor no le correspondía un solo sol de regalías.

El problema radica en que los autores nunca pueden saber si el precio que les impone la editorial está inflado o si se ajusta a un presupuesto manejado con

justicia y precisión. En algunos casos, se infla el precio para que el autor crea que el gasto es compartido, cuando en realidad el escritor está financiando el libro en su totalidad. En otras ocasiones, se exagera la suma para obtener un mayor beneficio económico de manera tramposa.

Esta realidad es evidencia de que algunas editoriales independientes sí se manejan con la intención de lucrar a toda costa. En ese sentido, todo lo demás, hasta la calidad literaria, puede entrar en un segundo plano. “Siempre reivindicamos que somos una editorial independiente en esencia, no solo de nombre o como otras que empezaron como independientes, o dicen serlo, y por la marea económica ahora te cobran un ojo de la cara por publicar tu libro”, advierte Jhonny Pacheco en lo que respecta al problema de aprovechamientos y costos inflados.

* * *

El escritor estadounidense Paul Auster escribió en su primera novela *Jugada de presión* que de un arte no se hace un negocio rentable, pues le quitaría todo el placer. Esta certeza parece ser la misma que enarbolan numerosas editoriales independientes, que priorizan la calidad literaria de las obras publicadas sobre el criterio comercial, desde el que construyen sus negocios las grandes transnacionales como Planeta y Alfaguara. “Muchas veces se ha intentado que las editoriales independientes peruanas nos focalicemos, nos juntemos y unamos esfuerzos para poder competir contra esa especie de monopolio de las grandes editoriales”, aclara Willy del Pozo, director de Altazor.

La mayoría de editoriales independientes pertenece a un circuito básicamente peruano, centralizado en Lima. Algunas casas editoras como Peisa han abierto un mercado en el extranjero debido a que ya tienen muchos años en el negocio de los

libros. En este proceso de internacionalización, Promperú está apoyando el envío de volúmenes de editoriales independientes al extranjero. Las editoriales inscritas para dicha dinámica han aumentado. Las más famosas ferias organizadas en el extranjero —Fráncfort, Bogotá, Guadalajara— son buenas ocasiones para exhibir los libros a nivel internacional. Entre las editoriales más posicionadas en ese aspecto están Mesa Redonda, Estruendomudo y San Marcos. Altazor, con diecinueve años en la industria editorial, también suele estar presente en las ferias del extranjero. Pese a estas iniciativas, no hay indicios de que esta expansión hacia el extranjero sea sólida y promisoría para las editoriales independientes. Su mercado, por lo tanto, es netamente peruano e incluso solo limeño.

El caso de Agalma deja en claro la diferencia entre una editorial independiente y una comercial. “Puede sonar utópico decir que no lucramos, pero es la verdad. Nosotros trabajamos en otras cosas. Por eso no necesitamos lucrar con la literatura”, remarca Jhonny Pacheco.

La palabra *agalma* significa ‘tesoro oculto’ en griego antiguo y fue tomada de *El banquete* de Platón. El término refleja con nitidez la filosofía de las editoriales independientes. Se trata de dar a conocer esos tesoros ocultos de papel y tinta que la gran industria editorial ignora. Los testimonios recogidos dan cuenta de que vale la pena sumergirse en el laberinto de la publicación para que esos primeros tesoros salgan a la luz y la literatura pueda prevalecer. ■